

que de todos modos se haya vd. enamorado del estilo sentimental y melancólico de Macpherson, que como se ve tiene también su mérito, los últimos consejos de Villemain habrán convencido á vd. de que es preciso, antes que todo, ser *nacional*; y que si al autor escecés, después de haberse descubierto su impostura, le quedó un renombre envidiable, no fué sino por el color local que supo dar á sus poemas, y el sabor de *nacionalismo* que se percibe en todos ellos.

Esto quiere decir, que aunque las composiciones de vd. tengan mérito, lo tendrían mayor si lejos de imitar al fingido Ossián, y de trasladar los cuadros de los pequeños poemas de vd. á país extranjero, hubiese cantado á los Fingal y á los Swaran de Méjico, descrito nuestros paisajes y creado un estilo eminentemente nacional.

¡Siempre la poesía nacional! Si yo insisto en hablar á vd. de ella tantas veces, es porque también veo que la desdena vd. siempre, y que empequeñece sus obras y amengua su inspiración prefiriendo con predilección injusta el imitar modelos extranjeros, á copiar la naturaleza que se ostenta pomposa en derredor de vd. brindándole tesoros no conocidos todavía.

## III

En cuanto á las imitaciones que ha escrito vd. de los apólogos de Selgas, no me detendré mucho en hablarla de ellos, porque el buen sentido de vd. les hará la debida justicia, supliendo con la reflexión lo que yo omito, por no hacer tan voluminosa esta carta.

¡Ah! no es vd., inocente joven, la única apasionada del estilo de Selgas; puede asegurarse que todos los poetillas barbilampiños, cuya gloria futura esconden todavía las modestas sombras del colegio ó las humedades de los *cajones de ropa*, hacen retozar su musa infantil entre los jardincitos parlantes, que para gloria de la poesía ha sembrado en sus páginas el ingenioso poeta español, á quien sacó á luz el conde de San Luis.

Yo no podré averiguar cuál es el atractivo verdadero que esa juventud *florista* y *herborizadora* encontrará en los tales apólogos; eso vd. podrá saberlo mejor; pero me consta que los muchachitos, en vez de ir á comprar á la *Librería madrileña*, por ejemplo las poesías de Fr. Luis de León, ó de los Argensolas, ó de Quintana, prefieren sacrificar los doce reales que han arranca-

do á la munificencia paterna, en la compra del pequeño tomo que contiene los entretenidos coloquios de las flores, del famoso Selgas.

Yo me explico á veces esta predilección por la timidez, natural compañera de la infancia, que impide al niño que comienza á enamorarse de sus primitas que todavía usan vestido alto, darles cuenta descaradamente de los alarmantes sentimientos que han comenzado á agitar su corazoncito.

Esta conducta quizás les atraería una zurra, ó por lo menos un extrañamiento de papá y de mamá. Pero Selgas los ha venido á sacar de apuros, y en efecto: lo que el mancebito no podría decir en su propio nombre á Chonita, á Pepita, á Guadalupita, ó á Rosita, se lo espeta con la mayor audacia del mundo, cubriéndose con la delgada película de un floripondio, ó con la roja caperuza de un clavelito, ó metiéndose en el amarillo costal de un mastuerzo. Y en cuanto á ella, la trasforma en *rosa de Bengala* ó en *madreselva*, ó en *albahaca*. Pocas veces el niño tiene la abnegación de volverse *perejil* ó *culantro*, y de convertir á su amada en *lechuga*, en *col*, ó en *cebolla*; la poesía de Selgas no descendiendo hasta la hortaliza, ni se satura, como la comida, en aromas culinarios; eso sería democratizar el apólogo, y por eso se queda siempre

en las aristocráticas regiones de la jardinería, pero siguiendo el filosófico sistema de Esopo, padre del apólogo, esto habría sido lo natural.

Pero no: todos los dramas, todas las pasiones, todas las locuras que pueden agitar á la triste humanidad y dar con ella al traste, se colocan en el inocente espíritu de las rosas, los jazmines y las violetas; y de este modo, una violeta tan pronto es una modesta virgen cariñosa y fiel, como una coquetuela de tres al cuarto, como una viuda alegre y casquivana, ó como una bribona digna de ir á las *Arrecogidas*; y el *clavelito* lo mismo desempeña el dulce papel de calavera en embrión, como el de un futuro Werther, ó como el de un Lovelace de diez y seis años.

Los apólogos de Selgas han producido en la juventud de España y en la de Méjico, una impresión muy fácil de explicar por la novelaría. Las chusmas de imitadores, incapaces por su propia virtud de hacer nada nuevo, ni de distinguir lo bueno de lo malo, solo esperan que el primer audaz atraviese un Rubicón cualquiera para lanzarse en su seguimiento, orgullosos siempre de su misión escuderil.

Así, al aparecer aquellos singulares coloquios entre las flores, que parecían traducir, aunque con trabajoso disfraz y con rebuscada semejan-

za, los sentimientos del alma juvenil, los adolescentes, que siempre tienen algo de afeminado, se sorprendieron agradablemente. El género no era nuevo, en verdad: *nihil sub sole novum*, y en el viejo árbol de la literatura española, que parece haber perdido su savia, los nuevos ramos no pueden ya florecer, ni siquiera durar. Los árabes habían cultivado este género de poesía emblemática desde los tiempos más remotos, al grado de que ha llegado á ser famoso en el mundo el *apólogo oriental*; y nótese bien, que en estos poetas la imagen se presenta sin esfuerzo, la filosofía rivaliza con la sencillez, y la gracia de la forma hace indeleble la lección. Se inspiraban en la naturaleza, y la naturaleza les hablaba en su lenguaje siempre elocuente y grandioso, que ellos no hacían más que traducir en lengua vulgar.

¿Podrá decirse esto mismo del imitador español moderno? Dudo que se atreva alguien á responder afirmativamente, si reflexiona antes con madurez, y sobre todo, si establece una comparación imparcial y razonada entre esos cuentecillos de salón, y los apólogos antiguos.

Los moros trajeron á España, con sus ciencias y sus artes, su genio poético, y por eso el apólogo volvió á florecer en las obras de los poetas moros españoles, y aun ha dejado alguna

huella notable en la poesía española y cristiana anterior al siglo xv, aunque no sea precisamente en la forma oriental.

Pero considerándolo bien, esta clase de *apólogos* no es adecuada á nuestra civilización, ni mucho menos á la civilización y al carácter poético del siglo xix. Hija del antiguo Oriente, en que el simbolismo era la cubierta necesaria de toda idea filosófica ó religiosa, es inútil en Europa y en América, donde el pensamiento desdén la forma y busca la razón á plena luz.

Hasta el *apólogo esópico* sería hoy un anacronismo, con todo y que él, buscando en los instintos de las bestias una semejanza de las pasiones humanas, perceptible á primera vista, se encargó de dar lecciones de eterna verdad, que difundían, bajo una forma agradable, entre las turbas, los preceptos de la filosofía moral.

Si en nuestros tiempos hemos visto aparecer, fabulistas á la manera de Esopo, como Mr. Viennet en Francia, como García Goyena en América, lejos de acusar en sus fábulas la ingeniosa timidez con que el esclavo griego disfrazaba sus sátiras inmortales, podremos descubrir en ellas una audacia imponente, que no por buscar en el apólogo un atractivo popular, cede en fuerza y en valentía al artículo de periódico, al folleto político ó á la sátira descarada.

Así es que las fábulas políticas de Viennet, como las canciones de Beranger, han servido de catapultas en Francia para atacar los vicios; y las de García Goyena en los países latino-americanos, han ayudado á sacudir las viejas preocupaciones coloniales.

De esta manera vive y puede vivir el apólogo. Pero el de Selgas no tiene tales condiciones. Sin la sencillez y belleza orientales, no contiene más que una aglomeración complicada de imágenes inverosímiles, de las que apenas se exprime una dosis homeopática de moral y no siempre de la buena. Además, carece de una cualidad que hace encantadores, al par que útiles, los apólogos, y es la concisión. La concisión, al mismo tiempo que sorprende agradablemente el espíritu, permite que se grabe en la memoria la lección con la imagen.

En este punto, Víctor Hugo ha sido más feliz en la imitación de la poesía del Oriente, y numerosos apólogos suyos han tenido la dichosa suerte de hacerse populares en el mundo entero, ya en su original francés, ya traducidos á la mayor parte de los idiomas cultos. Los poetas alemanes también han imitado ese género de poesía; y aunque muy poco, lo han hecho con su maestría acostumbrada. No haré mención, por lo pronto, sino de dos ó tres apólogos de

Henri Heine, que encierran profundos pensamientos.

Las demás creaciones de la poesía alemana pudieran tener alguna semejanza con el apólogo oriental; no son, si se estudian, sino las producciones de una escuela enteramente oriental y esencialmente germánica. Lo mismo puede decirse de algunas creaciones de la musa italiana, como las del Petrarca, por ejemplo, que si adoptó algunas veces la forma, no hizo lo mismo con el pensamiento que era enteramente suyo.

En la América del Sur, Selgas no ha corrido la misma suerte que en Méjico. Esa juventud de las repúblicas latino-americanas es demasiado independiente, altiva, é ilustrada, para seguir á ciegas, como á un buen modelo, al primer extravagante que llega de la antigua metrópoli.

La escuela poética de aquellas regiones sigue desde hace tiempo un camino nuevo, y en su empeño de crear una poesía nacional, empeño que ya ha visto realizado, no hace mas que examinar las producciones del génio extranjero, admirar lo bueno que hay en ellas, y encontrar allí el estímulo necesario para superarlo. ¡Oh! ¡qué bien hace aquella familia literaria.

Aquí en Méjico, señorita, todavía no nos hemos atrevido *todos* á dar el grito de *Dolores* en *todas* materias. Todavía recibimos de la ex-me-

trópoli preceptos comerciales, industriales, agrícolas y literarios, con el mismo *temor y reverencia* con que recibían nuestros abuelos las antiguas reales cédulas en que los déspotas nombraban virreyes, prescribían fiestas, ó daban la noticia interesante del embarazo de la reina.

Así es, que basta á nuestra juventud que hayan llegado á nuestras librerías las obras de un D. Fulano de Tal cualquiera, impresas en Madrid y recomendadas por un aviso de periódico, para que las consideremos desde luego como cosa sobrenatural y digna de leerse y de imitarse. — ¡Mire vd. que este libro vino de España! dice el primer pelucón á quien vd. pregunta en la calle, y que se da toda la importancia de un D. Timoteo, de un literatazo del tiempo de Bustamante y de Alamán. Y como los muchachos, particularmente los meticulosos, suelen tener á esos vestiglos por oráculos infalibles, hé aquí como una recomendación tan poco fundada pone en boga sandeces que no valen un ardite.

Si hay un jóven por ahí, que considerando que ha nacido para pensar con su caheza, protesta contra la autoridad del *magister* y encuentra el libro mediano, se expone al anatema del *pelucon*, y de todos los *pelucones* que se ponen furiosos cuando se les desobedece ó se les obliga á abdicar su apolillada soberanía.

¡Ah! cuántos trabajos cuesta aquí, señorita, usar libremente del sagrado derecho de discutir! Como vd. sabe, han sido necesarias revoluciones largas y sangrientas para sancionar esta garantía, así como otras igualmente preciosas. Pero si en el mundo político ya están conquistadas y aseguradas, todavía en el mundo literario se las disputan á uno con encarnizamiento, los profetas, los doctores de la ley, los escribas los fariseos y toda esa turba de antiguallas que salen de la tumba haciendo gran ruido con sus huesos, como los muertos de la balada de Goëthe, para amenazar á uno y llenarle de terror.

Sin embargo; ya la generación de ahora va siendo menos asustadiza, ya va comprendiendo lo que significa la independenciam de Méjico y aceptando sus trascendencias, ya se atreve á examinar lo que llega de España, y así como aplaude y admira lo bueno de allá, censura lo malo y lo desdeña. Hé ahí el principio de una regeneración saludable y sensata.

Así, ¿quién, que no sea un bárbaro, dejará de recomendar á la juventud como modelos, en la España moderna, las odas de Quintana, los artículos inmortales de Lara, las comedias de Bretón y los discursos de Castelar? Pero no sería discreto hacer lo mismo con otras obras que no vienen á ser más que los retoños enfermizos de

ese árbol grandioso y respetable de la literatura española, de que hablamos antes, cuya gallardía fué la admiración de los siglos pasados, y cuyas flores esparcieron su aroma en el mundo entero.

Retoño enfermizo me permito yo reputar el apólogo de Selgas, cuando no sea una parásita perjudicial á la poesía española; y por eso aconsejaría á vd. que no le concediera tan fácilmente, como lo ha hecho, el honor de aspirar su perfume. Las imitaciones que ha hecho vd. de tal género, pudieron ser creaciones originales si no hubiera tenido el librito español delante, y si no lo hubiera saboreado con una avidez insana.

## IV

*Trovas* denomina vd. sus poesías amorosas, y sobre el nombre, nada tengo que decirle.

Los nombres convencionales que ninguna relación tienen con las formas clásicas ó con los asuntos á que han puesto títulos los antiguos, pueden darse caprichosamente á los versos, como se dan á los hijos, á los perros y á los barcos.

Pero sobre el fondo mismo de las poesías de

vd., le diré dos palabras, solamente dos, pues que si fuera á disertar sobre la poesía erótica en general, tendría que escribir un volumen y que recopilar cuanto se ha dicho sobre ella, que es mucho.

Estas dos palabras son las siguientes: Inspírese vd. en el amor, porque el amor será siempre el numen querido de la juventud; el amor, don eterno de la naturaleza, y condición indispensable de vida para todo lo que existe, es también una fuente eterna de poesía. Pero el amor siempre nuevo en el corazón humano, debe también inspirar al poeta algo nuevo. Mire vd. que los cantos de amor eran ya antiguos en la tradición oral, cuando aun no se inventaba ni el geroglífico ni el alfabeto. En la poesía de todos los pueblos, el primer himno es para los dioses, el segundo para los héroes, el tercero, para el amor. El sentimiento amoroso hace agitar las cuerdas de la lira antigua y le arranca acentos inmortales, acentos que llegan hasta nosotros y que nos conmueven todavía.

En la Edad Media, mientras que la poesía épica se negaba á immortalizar las hazañas de los bárbaros de Europa, y apenas concedía la voz del desierto para enaltecer la grandeza del Islam, ó el feroz heroísmo de los Tártaros, y se contentaba con legar al Tasso el recuerdo de

las Cruzadas; la poesía amorosa florecía derramando aromas virginales, bajo la tienda del patriarca, donde hacía las delicias de la juventud en los acentos de la guzla de la ardiente esclava oriental; ó al pie de los castillos donde abría sue pétalos como una flor de la noche, ante los rayos apacibles de la luna, al preludiar el laud de los trovadores.

En la edad moderna, no hay pueblo culto que no pueda presentar un centenar de poetas eróticos, desde el helénico y el italiano, en donde la poesía amorosa ha vegetado siempre aun sobre las ruinas, hasta los pueblos americanos, donde ella se muestra ahora con todas las galas de una riqueza tropical.

Figúrese vd. si no será difícil decir algo nuevo, después de este himno eterno que la humanidad ha levantado todos los días al Amor, como al sol del mundo moral.

¿Quiere vd. cantar como mujer? Es preciso poseer el ardiente corazón de Safo, ó la imaginación exaltada de Santa Teresa. ¿Quiere vd. cantar como hombre? Pues entonces deje vd. el guirigay de los galanes palabreros, y adoptando el acento apasionado de Tibulo ó de Propertio, hable vd. el lenguaje del dolor ó el de los deseos, pero sin llevar por guía más que á la na-

turalaleza. El poeta debe ser el intérprete y el guardián de la naturaleza, dice Schiller, cuyo *Ensayo sobre la poesía sentimental* recomiendo á vd.

¿Quiere vd. hacer disertaciones apasionadas sobre tal ó cual sentimiento que tenga por origen el amor? Inspírese vd. en las "*Heroídas de Ovidio*," y allí encontrará, aunque envueltos en largos y á veces cansados discursos, arranques de pasión sorprendentes por su naturalidad. Si no conoce vd. el latín, le recomendaré la traducción que hizo de estas *Heroídas* un mejicano, en buen romance endecasílabo, que se publicó en Méjico en 1828, y que no ha sido apreciada como lo merecía.

Por último, ¿quiere vd. filosofar? Entonces deje vd. á las mujeres, y lea en el libro del mundo. No han hecho otra cosa las admirables poetisas de la América del Sur, la Marín de Soler, la Orrego, la Mujía; no ha hecho otra cosa Luisa Pérez de Zambrana, la poetisa de Cuba, cuya "*Vuelta al bosque*" no sabré encarecer á vd. lo bastante.

Pero antes que todo, hay que dejar el discreto y la palabrería inútil. Por eso no seré yo

quien recomiende á vd. á nuestra Sor Juana Inés de la Cruz, nuestra décima musa á quien es necesario dejar quietecita en el fondo de su sepulcro y entre el pergamino de sus libros, sin estudiarla mas que para admirar de paso la rareza de sus talentos y para lamentar que hubiera nacido en los tiempos del culteranismo.

.....

.....

De todos los peligros que ella y otras han corrido puede vd. librarse con sólo buscar la inspiración en la naturaleza. No hay *arte poética* igual á la que ella nos ofrece con su elocuente verdad. Estudiándola, comprenderá vd. que aunque en la poesía erótica es muy difícil ser original, al menos puede salirse del sendero trillado, presentando en cada composición, cualquiera que sea su origen, ó una imagen, ó un sentimiento, ó una idea. Sin una de estas tres cosas se corre el riesgo de no decir mas que vulgaridades rimadas, y en el tiempo que alcanzamos, la exigencia literaria es mayor, porque el sentimiento estético lleva siempre por compañero al examen.

Voy á concluir. He dado á vd. estos consejos, hijos si no de un espíritu ilustrado, sí de un

sincero deseo de serla útil. Acéptelos ó no, yo me considero desde que he leído las obras de vd. su admirador entusiasta. y tanto, que me atrevo á concluir mi carta larguísima, dirigiendo á vd. las mismas palabras que el escritor alemán Daumer dirigió á la hermosa y triste poetisa Amara George, (Matilde Binder autora de las *Flores de la noche* (*Blütem der nacht.*))

“Tranquilizate: todo lo que es noble, todo lo que es grande, debe seguir un sendero áspero y sombrío hasta que llegue por fin al punto luminoso.

“Tranquilizate: yo soy para tí un profeta, un vidente, yo entreveo ya sobre tu cabeza la irradiación de las más bellas coronas.”

1871.

